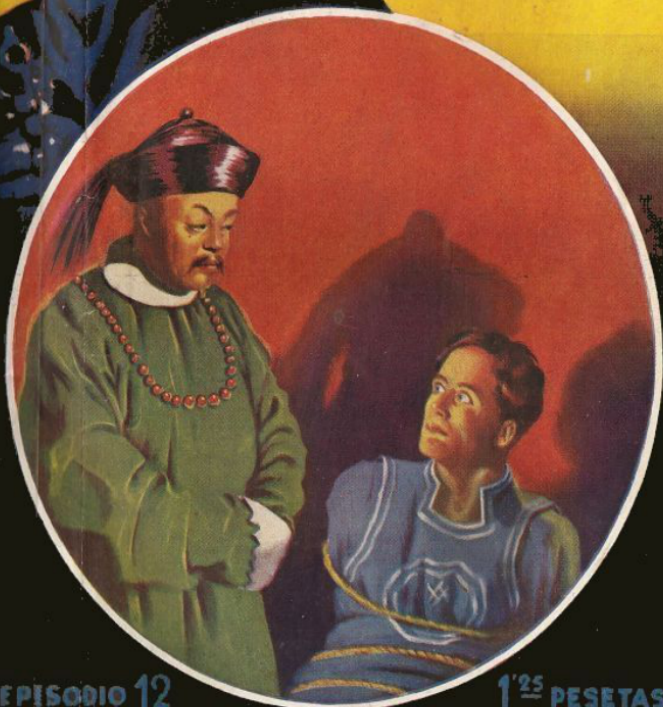


El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 12

1²⁵ PESETAS

EL MONASTERIO TENEBROSO

Fidel Prado Duque

El monasterio tenebroso

El dragon de fuego - 12





El monasterio **TENEBROSO**

Capítulo primero

La clave misteriosa

KARUS, REGIS y Kao, pisando de puntillas, para evitar que la arena crujiese y pudiese denunciarles a posibles vigilantes, avanzaron unos pasos. De súbito, quedaron parados, mirándose uno a otro con sorpresa. Algo que no acertaban a definir había herido su sensibilidad sin acertar a captar lo que era.

Nada al parecer denunciaba un posible peligro; al contrario, el silencio que reinaba en torno a ellos era absoluto, aplastante, algo como si se hubiese hecho el vacío en torno de ellos.

Kao fue el primero en darse cuenta de lo que sucedía y mirando

angustiado al profesor, murmuró:

—¡Los grillos!

—¿Qué sucede con esos bellos animalitos? —rezongó Regis.

—Que se han callado —afirmó el chinito.

—¿Y qué sucede con eso? —preguntó el criado, que no acertaba a comprender el alcance que podía tener para ellos la quietud de los grillos.

Karus, que conocía la China un poco más profundamente que su criado, contrajo el rostro y murmuró:

—¡Ah!...¡Ya caigo!...¡Mal asunto! No había contado con ello.

Regis, desesperado por aquel enigma, exclamó con mal humor:

—¿Quieren ustedes explicarse? ¡Me están poniendo nervioso!

El profesor, entonces, se explicó:

—¿Qué sucedería si en nuestra residencia de Londres estuviesen vibrando continuamente unas campanillas y de pronto enmudeciesen?

—Pues no sé...

—¿No te extrañaría al oído?

—Seguramente. Algo quedaría expectante.

—Pues las campanillas de China son los grillos. El oído de los naturales de aquí está hecho a escuchar el canto del grillo en el silencio de la noche. Es como una garantía de calma y tranquilidad, pero si el grillo deja de cantar... es señal de que algo anormal sucede y el espíritu se pone alerta al pensar en cuáles pueden ser las causas de su silencio.

Regis, comprendiendo al fin, quedó rígido y murmuró:

—¡Diablo!... Eso quiere decir que algún oído fino y atento puede captar ese silencio y sospechar de nuestra presencia...

—Justamente.

—¿Qué podemos hacer ya? Si está escrito que un maldito bicharraco como ese puede ser la causa de nuestro fracaso, no podemos evitarlo... Adelante y sea lo que Dios quiera.

Pisando con precaución, continuaron avanzando hasta llegar a la amplia puerta que daba acceso al patio exterior, pero por más que tantearon les fue imposible moverla.

—Ya me lo figuraba yo —afirmó Regis—. Busquemos por otro lado.

Pegándose a la sombra de los diversos edificios que se adosaban a la fábrica principal del templo para evitar ser descubiertos desde cualquier ventanal, dieron la vuelta al lado derecho buscando un lugar factible de escalar para alcanzar uno de los huecos por donde deslizarse al interior del tenebroso edificio.

Para evitar una sorpresa, Kao había sido destacado con orden de disparar al menor síntoma de alarma y Regis, usando de su aguda vista, examinaba a la pálida luz de la luna los ventanales de policromados cristales que se abrían a una altura bastante considerable.

Un edificio de techo plano con salientes cornisas, parecía brindarse al asalto. Para facilidad del escalo, poseía como adornos en los ángulos de la fachada unos adornos de hierro curvados que podían officiar a modo de escala.

Regis gateó diestramente por ellos hasta alcanzar la comisa y desde ésta, aferrándose al saliente del techo, verificó una flexión y elevándose a pulso pudo ganar el tejado.

Ya de pies sobre él, echó un nuevo vistazo a los ventanales. Dos filas de ellos discurrían sobre su cabeza y entre fila y fila, debajo de la parte donde morían los vanos, se destacaba una cornisa de unos veinticinco centímetros de saliente que corría a todo lo largo de la pared.

Si lograba izarse sobre la cornisa, la tarea de forzar uno de los ventanales no resultaría muy difícil y Regís, sin pensarlo más, intento la ascensión.

Ésta no se presentó muy fácil. La cornisa, a una altura de metro y medio sobre él, apenas si le brindaba el espacio justo para alcanzarla con las manos y de nuevo tendría que elevarse a pulso aferrado a ella si quería usar de aquel medio de entrada.

Gracias a sus fuerzas y a su dominio de músculos, logró izarse sobre la cornisa hasta la altura de la cintura, pero una dificultad suprema se oponía a rematar la obra. El poco espacio de que disponía para inclinar el cuerpo hacia adelante y poder apoyar una rodilla en el reborde para ganar aquel obstáculo, estuvo a punto de malograr sus esfuerzos.

Sintiendo que sus fuerzas se agotaban y maniobrando con toda la fiabilidad de que fue capaz, consiguió por fin apoyar una pierna

extendida sobre el reborde. Fue un alarde de habilidad y fuerza que casi le agotó.

Cuando por fin consiguió verse de pie en el reborde miró hacia abajo. El profesor, que seguía con nerviosidad sus movimientos, esperaba una palabra suya para imitarle.

Regis dio orden de que Karus y el chino escalasen el pequeño edificio y luego, gracias al auxilio de una de las cuerdas que aún le quedaban, pudo ayudar a sus amigos a ganar la cornisa evitándose el esfuerzo y peligro que él había corrido.

Deslizándose con cuidado para no escurrirse y caer a una altura de más de siete metros, fueron tanteando las ventanas en busca de una que no opusiese resistencia a ser abierta. De lo contrario, se iban a ver obligados a saltar los cristales, con el consiguiente ruido, cosa que resultaría altamente peligrosa.

La suerte les favoreció. Una de las últimas ventanas, mal encajada en el marco, no opuso resistencia y se abrió suavemente al empujón.

Regis asomó la cabeza por el vano y echó un vistazo al interior. El templo inmenso e impresionante, estaba sumido en una densa penumbra que apenas si podía desvanecer suavemente el resplandor de una lámpara monumental que ardía pendiente del centro del techo. Un silencio impresionante reinaba dentro y el criado, tranquilo, sacó la cabeza, afirmando.

—Creo que nada nos impide entrar. Por lo visto, nuestros excelentes monjes están digiriendo las ofrendas y tienen el sueño tan pesado que no observaron el silencio de sus amables grillos.

—No cantes aún victoria, Regis —aseguró el profesor—. Nadie sabe de lo que es capaz la mentalidad china cuando se propone realizar una cosa. La impaciencia no entra en su léxico.

Regis volvió a echar una ojeada al templo tratando de asaetar las tinieblas con sus agudos ojos. No acertaba a medir la distancia que les separaba del suelo, aunque calculaba que debía ser de varios metros.

—Lo malo es —dijo— que el trozo de cuerda que me queda apenas si alcanza tres metros de largo. Como no encontremos donde apoyar los pies antes, tendremos que dar un salto en las tinieblas.

—¡Eso no! —protestó Karus—. ¿Y la salida luego? Si la forma de

entrar no asegura la salida, será tanto como meterse voluntariamente dentro de una ratonera.

Regis aseguró el cabo de la cuerda en el hierro de separación de las dos hojas del ventanal y aprovechando los nudos, se deslizó en el aire tanteando con los pies. Si no encontraba punto de apoyo para éstos, tendrían que volver en busca de la escala perdiendo un tiempo precioso.

Cuando casi estaba al final de la cuerda, tropezó con algo duro y por el tacto, comprendió que se trataba de la cabeza de alguna de las imágenes que habían descubierto por la mañana.

Tanteó con los pies hasta afianzarse sobre los hombros de la estatua y con una inclinación, sin soltar la cuerda, se aferró a la cabeza. Ahora, acostumbrado un tanto a la penumbra que allí reinaba, pudo abarcar los contornos de la estatua, comprobando que ésta presentaba puntos de apoyo para descender bastante cómodamente.

Tiró de la cuerda para llamar la atención del profesor y bisbiseando, dijo:

—Deslídense con cuidado hasta tropezar con una imagen que hay debajo. Apoye los pies en los hombros y agárrese a la cabeza. Lo demás es fácil.

Abandonó la cuerda y se dejó escurrir por la talla hasta alcanzar el pedestal. Luego saltó al suelo.

Poco después, como fantasmas caídos de la altura, le procedieron Karus y Kao.

Sobrecogidos a pesar de su valor por un temor supersticioso, se quedaron clavados en las losas del pavimento, buscando con los ojos la colosal estatua del Buda, que como un gigante prehistórico dormido, se erguía casi al fondo del templo.

Pero reaccionando y dándose cuenta de que el peligro estribaba en permanecer allí mucho tiempo, se adelantaron de puntillas hacia el tabernáculo, buscando ávidamente el túmulo donde debían encontrar la clave para la consumación de su aventura.

El profesor, temiendo una súbita aparición de alguno de los terribles moradores del Monasterio, dijo a Kao:

—Pequeño, colócate de forma que abarques esas malditas columnas. Si observases el más leve movimiento de puertas en ellas,

vuélvete y avisa.

Ya más tranquilo por aquella medida previsora se acercó al túmulo y trató de examinarlo a la débil luz de la lámpara que pendía casi encima de él, un poco más separada hacia adelante.

El túmulo era un cuadrado de mármol jaspeado, de unos cuatro metros de diámetro, erguido sobre un basamento de veinticinco centímetros de altura aproximadamente.

Suavizaban la tosquedad del conjunto cuatro columnas de cerámica torneada y pintadas de sobrios colores, que sostenían una especie de tapa pulimentada de forma un poco cóncava.

Sobre la tapa, en el centro, una cabeza monstruosa de demonio mitológico con una enorme boca abierta, mostrando sus blancos y descomunales dientes, y con el cabello enmarañado, miraba hacia el Buda, y dos caballos alados, de facciones grotescas, parecían vigilar la horrible carátula.

Delante del túmulo, un bloque de granito de medio metro en cuadro con la huella perfectamente marcada de haberse sentado largamente sobre ella, indicaba cuál era la piedra donde el célebre Buda había meditado.

El profesor comprendió que si algún secreto existía debía estar escondido en el túmulo. La piedra maciza no podía albergar nada en su seno, a menos que fuese movable y ocultase algo debajo.

Pero, recordando la célebre frase de la clave anterior de que nada había oculto debajo de la tierra, se afianzó en su idea de dirigir las pesquisas contra el túmulo.

Tanteando con cuidado, buscó algún adorno factible de mover; alguna flor de loto, alguna figura en relieve, algo que sirviese para ocultar un resorte, pero nada encontró que oficiase de guía. Tanto los costados como la tapa aparecían lisas de esculturas, y solamente la diabólica máscara podía prestarse a un juego de movimientos capaz de abrir aquel túmulo si en realidad estaba hueco. Pero por más esfuerzos que realizaron, por más que intentaron toda clase de trucos para mover la cabeza, ésta permanecía rígida, negándose a facilitarles lo que tan vehementemente anhelaban.

El profesor y Regis sudaban como condenados viendo que el tiempo transcurría raudamente y que iban a fracasar en su empeño.

—Esto es desesperante —murmuraba el profesor—. Creo que aquí se acaba todo, Regis.

—Eso me estoy temiendo, señor... ¿Y para este final de opereta hemos corrido tantos peligros y llevamos tragado tanto polvo amarillo?

—Qué quieres. Es muy difícil asimilarse la mentalidad oriental para estar seguro de descubrir todos sus secretos... No sé qué hacer...

—Medite un poco, profesor. Usted posee el ingenio... yo en eso soy una nulidad...

Y dejando a Karus estático frente al pequeño monumento, se dirigió al Buda, atraído por él.

A Regis le era antipático aquel santo filósofo, creador de una religión que ni entendía ni admitía, pero que era cultivada por cerca de quinientos millones de seres en toda el Asia. Encontraba algo monstruoso en aquellas facciones abultadas, en aquellos labios salientes y en aquella sonrisa de burla, que era su más rara característica, pero en aquella efigie había algo que le fascinaba y eran sus ojos verdes esmeralda, que más que piedras solidas se le antojaban dos grandes gotas de agua dormidas en sus profundas cuencas.

Tan sugestionado se hallaba por ellos, que, sin vacilar, para saciar su espíritu curioso, saltó al pedestal, se afianzó a los ciclópeos perfiles del Buda, y trepando por él como un sapo humano, empezó a ascender liadla alcanzar la monstruosa cabeza.

La luz de la lámpara que colgaba de frente, se reflejaba en el verde azulado de aquellos ojos, arrancando de ellos unos reflejos suaves y luminosos que Regis admiraba fascinado.

Después de una muda contemplación, ascendió un poco más hasta colocarse frente a ellos, y tras una breve vacilación, alargó una mano, y haciendo horquilla con los dedos, los introdujo en los ojos apretando con fuerza.

Por un momento, el asombro estuvo a punto de hacerle que se soltara y cayera desde aquella altura peligrosa. Al apretar, sintió una sensación de vacío en los dedos, como si los iris retrocediesen ante la profanación, y al mirar con inquietud hacia ellos, observó que se habían hundido desapareciendo en el interior de la estatua.

Pero, seguidamente, sonó un clic metálico que turbó el solemne silencio como la caída del gatillo de un revólver sobre el percusor, y un grito ahogado del profesor le obligó a volver la cabeza lleno de pánico.

—¡Por Dios, profesor —murmuró—. ¿Qué sucede?

Karus, con voz entrecortada por la emoción, exclamó:

—¡Por favor, baja... baja enseguida!... Este catafalco se acaba de abrir como por arte de magia.

Regis, incrédulo, se apresuró a descender de la imagen y corrió junto al profesor. Éste, estático y nervioso, se hallaba frente al túmulo, el cual había dejado caer hacia adelante el bloque que formaba el frontispicio.

A la vaga claridad que reinaba en el templo, el panel brillaba como una superficie charolada al recibir desde arriba el resplandor de la lámpara, mientras que el hueco que había dejado al descubierto aparecía negro como el fondo de una mina.

Regis se quedó ensimismado contemplando la brillante losa, y preguntó:

—¿Cómo acertó usted a abrirla?

—¿No te digo que no me he acercado a ella? Se abrió como por arte de magia.

Regis tendió la vista alrededor un tanto nervioso, pues consideraba aquello obra de brujería o el producto de una trampa que se les tendía, pero, al fijar sus ojos en el Buda, se dió una palmada en la frente y exclamó:



Se encontraba subido en lo alto de la estatua...

—¡Ya está! Yo he sido el que he abierto ese cacharro.

—¿Cómo? —preguntó asombrado el profesor.

—De manera tonta. Estaba sugestionado por los ojos de esa estatua y he pretendido comprobar si se trataba de algo sólido o líquido. Al empujarlos con los dedos se han hundido hasta desaparecer, y he sentido un clic, que, sin duda, ha sido el muelle

que abrió el catafalco.

El profesor, encontrando lógica la explicación, quedó más tranquilo y afirmó sentencioso:

—Bien, hágase el milagro y hágalo quien lo haga. Hemos resuelto la parte más ardua y ahora sólo queda registrar el interior. Enciende una cerilla.

Regis se apresuró a buscar el fósforo, que brilló débilmente en la inmensidad sombría del templo, y con mano temblorosa lo acercó al túmulo, introduciendo la mano en el interior.

Ambos asomaron la cabeza febrilmente, buscando la codiciada clave, pero un grito ahogado brotó en sus gargantas. El interior, completamente liso, estaba absolutamente vacío.

Con ojos extraviados escudriñaron de nuevo el vacío con el mismo resultado negativo. Allí no había absolutamente nada, y si era en aquel ingenioso hueco donde la clave estuvo encerrada, alguien se les había adelantado arrebatándosela.

—¡Maldición! —rugió el profesor—. Nos han tomado la delantera... ¡Aquí se acabó todo!

Desalentado se retiró del hueco, pero cuando Regis sacaba la mano con la cerilla casi consumida, algo llamó su atención intuitivamente. Sobre la cara interior de la losa caída acababa de descubrir una placa de mármol azulado, atornillada en el centro, y en la que, al parecer, se destacaban varios signos y jeroglíficos en extremo misteriosos.

—¡Enciende otro fósforo! —ordenó nervioso—. Aquí hay algo que no habíamos visto.

Tomó la débil luz y la acercó a la plaquita, estudiando con ansia los signos que aparecían grabados en ella. Necesitó una nueva cerilla para acabar de descifrarlos, pero cuando terminó parecía más satisfecho, aunque desilusionado.

—¿Qué ha descubierto usted? —preguntó Regis inquieto.

—La clave, Regis, la clave, pero me parece que no nos va a servir de nada. Esto es algo así como si nos pidiesen que vaciemos el Océano con una concha.

—¿Quiere usted explicarse de una vez? Me está usted poniendo más nervioso que una veleta afilada por un huracán.

—Pues escucha, y luego dime si te sientes capaz de llevar a cabo

la empresa. Esa inscripción dice textualmente:

”La verdad vuelve al seno de donde nació. Sólo tú, si eres un Dalai Lama y posees el anillo del poder supremo, encontrarás lo que buscas, pues de tus manos salió, a tus manos vuelve y en tus manos está la única y verdadera a clave».

Regis miró extrañado al profesor y preguntó:

—¿Qué le dice usted ese jeroglífico?

—Algo que está muy claro. La verdadera clave está encerrada dentro del anillo del Dalai-Lama. Todo lo demás, o ha sido una falsa pista o ha sido como un círculo vicioso para volver al punto de partida. Si queremos saber algo positivo, hay que poseer el anillo del Dalai-Lama, y si tú eres capaz de encontrar la forma de arrebatárselo creeré que posees más poder que todo el lamaísmo con ser enorme el que posee.

—Bueno —afirmó Regis muy serio—. No veo por qué hemos de desesperar sin haber intentado la prueba. Si el Dalai-Lama ese tiene un anillo, pues... ya veremos cómo nos hacemos con él. Otras proezas más difíciles hemos realizado.

—¿Tú crees? Si conocieses a fondo la mecánica de la secta y los obstáculos que la rodean no dirías eso.

—¿No le parece que eso lo podemos discutir en un lugar más apropiado? Aquí corremos peligro de muerte y debemos largarnos cuanto antes. Cierre usted esa piedra, para borrar toda huella de nuestro paso, y vámonos de aquí.

El profesor, comprendiendo lo razonable del consejo, trató de elevar la piedra sin conseguirlo, y Regis, creyendo que el procedimiento para lograrlo, estribaría también en los ojos del Buda, ascendió a él para intentarlo, pero por más que manipuló en sus ojos no logró dar con el secreto del cierre.

Capítulo segundo

Un experimento terrible

SE encontraba subido en lo alto de la estatua, sin saber qué partido tomar, cuando, de repente, se envaró, con el oído atento y los nervios en tensión. Hasta él llegaba, muy débil, pero acercándose gradualmente, el rumor lejano y subterráneo de una suave y triste melodía musical, acompañado de un leve coro de voces que parecían entonar un canto funeral.

Kao, que vigilaba las columnas, corrió al profesor avisándole de lo que también acababa de captar, y el profesor, que no era sordo y que había adivinado que un inminente peligro se cernía sobre ellos, corrió al pie de la estatua, suplicando a Regis con voz queda:

—¡Por todos los santos, Regis!... Baja ya de ahí... Los monjes deben estar preparando alguna de sus alucinantes fiestas y pueden invadir el templo de un momento a otro.

—¡Es que no acierto a cerrar esa maldita tumba!

—¡Déjalo, que le vamos a hacer! ¡Pronto, que tenemos los segundos contados!

Regis se apresuró a descender, no sin observar que los cánticos se iban aproximando más claramente, y cuando por fin alcanzó el suelo del templo, corrió al lado del profesor con el revólver en la mano, dispuesto a repeler cualquier posible agresión.

—¿Qué hacemos profesor? —preguntó angustiado.

—Desaparecer por el camino que hemos traído si aún es tiempo. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Echaron a correr con dirección al ventanal donde habían dejado la cuerda pendiente, cuando, de modo súbito y misterioso, el templo se iluminó intensamente, y por las puertas de las dos columnas laterales empezaron a surgir monjes encapuchados con hachones encendidos, los cuales, entonando sus cantos litúrgicos, formaban una procesión fantasmal.

El profesor y Regis, sorprendidos a medio camino, sin tiempo a buscar protección detrás de la imagen que les había servido de pedestal, fueron descubiertos por sus enemigos, mientras Kao, más retrasado, después de un momento de vacilación, optó por introducirse en el hueco del túmulo desde el que creía poderse defender en mejores condiciones, por tener la espalda y los flancos protegidos.

Pero, apenas se había acomodado en el interior, la losa, como empujada por invisibles manos, se elevó ajustándose de nuevo en su sitio, y el chinito quedó encerrado en el lóbrego hueco antes de que los monjes hubiesen podido darse cuenta de su presencia.

En cambio, al descubrir al profesor y a Regis, cesaron en sus cantos, substituyendo éstos por alaridos de furor y de amenaza, y como lobos hambrientos, se lanzaron en pos de ellos decididos a capturarles.

Los dos fugitivos solamente tuvieron tiempo para buscar protección detrás de una de las imágenes, y, amparados por ella, empuñaron las armas y se dispusieron a vender caras sus vidas antes que entregarse en las despiadadas manos de sus enemigos.

Los primeros que osaron acercarse a ellos rodaron, emitiendo aullidos de dolor al recibir en sus carnes la caricia del plomo de los revólveres, pero otros más impetuosos les reemplazaron, avanzando sin miedo a la muerte.

Karus y Regis se defendían con salvaje heroísmo, disparando sin cesar, y mientras uno cargaba el revólver, el otro trataba de contener al adversario con sus disparos, pero los enemigos eran muchos y se habían desplegado en abanico tratando de rodearlos, por lo que se veían precisados a atender a todos lados, tratando de

contener aquella avalancha que, animada por los gritos de furor de algunos monjes de mayor categoría, no retrocedían ante peligro alguno.

Fue inútil su decisión, como inútil la carnicería que formaron. La legión amarilla cayó sobre ellos en impetuoso montón, y durante un momento formaron un amasijo de cuerpos y brazos revolcándose fieramente por el mármol del piso, hasta que los dos aventureros, sojuzgados por la enfurecida masa, se vieron impotentes para mover un solo dedo, a causa de la presión que había caído sobre ellos.

Cuando se disponían a rematarles, la figura alta y fibrosa de Wang-Cheng, vestido con su hábito rojo, se adelantó, tronando con su voz agria y profunda:

—¡Quietos!...¡Los necesito vivos!

Los monjes contuvieron sus ansias homicidas, y con varios cordones de sus hábitos procedieron a maniatarlos, no sin que Régis, como un «degg» rabioso, tratase de arañarles y morderles, poseído como estaba de la más terrible desesperación.

Ya reducidos a la impotencia, les dejaron tirados sobre las losas, y Wang-Cheng, mirando a todos lados con sus ojos agudos e inquisitoriales, preguntó:

—¿No hay nadie más?

Los monjes se miraron unos a otros, y después de consultarse con los ojos, respondieron:

—Gran Jefe, no hemos visto a nadie más.

—Que se registre todo el templo. Debería haber otro —luego, señalando a los prisioneros, ordenó—: Bajarlos al laboratorio.

Los prisioneros fueron tomados por media docena de monjes, los cuales se internaron por una de las puertas secretas de las columnas desapareciendo por ella, mientras una docena de encapuchados, se dedicaron a registrar el templo minuciosamente, aunque con resultado negativo.

Karus y su criado, a pesar de la honda preocupación que les embargaba al saberse en manos de su odiado rival, no pudieron substraerse a la curiosidad de examinar el lugar por donde eran transportados; éste, exótico y llamativo como todo lo misterioso de la China tenebrosa, poseía una fuerza de atracción para los ojos irrefrenable.

Inmediatamente de franquear la puerta, se hundieron en el abismo por medio de una pina escalera de mármol, que, en forma de caracol, descendía hasta una docena de metros. Luego, al morir la escalera, se encontraron en un pasadizo de unos dos metros de anchura, tallado en granito, en el que el ingenio bárbaro de unos escultores asiáticos había dejado las huellas de su arte en forma de animales monstruosos y absurdos, que escapaban a toda clasificación zoológica.

La galería daba varias vueltas cruzando amplias salas, a las que afluían otras galerías misteriosas, alumbradas por farolillos aceitados de diversos colores, y, luego, volvieron a descender por otra escalera más ancha y menos pina, hasta desembocar en una gran rotonda, cuyas paredes aparecían cubiertas de mármoles de diversas tonalidades.

Wang-Cheng, que caminaba delante entre los monjes que debían ostentar una alta categoría monacal, a juzgar por la riqueza de sus hábitos y sus dalmáticas ornadas de oro y dragones alados en seda roja, se dirigió a uno de los lados de la rotonda y se detuvo delante de una estatua con cara de fauno, que aparecía sentada y con las manos apoyadas en las rodillas.

Era la imagen de

Kuan-ti

, el dios de la guerra, personaje cuyo verdadero nombre fue el de Kuan-Yu

, nacido el año 161.

Kuan-ti

, elevado a los más altos puestos, contribuyó con sus victorias a retardar la caída de la dinastía de los Han, a la que después combatió con saña hasta derribarla, para, en unión de su amigo

Liu-pi

, formar un reino independiente.

Pero vencido y prisionero, fue decapitado el año 219, pasando a formar parte de la mitología china como un ser venerado por los individuos de alma guerrera.

Wang-Cheng se inclinó ante el dios de la guerra, al que tenía ofrendado su espíritu, y, luego, abrazándose a él, lo hizo oscilar de un lado para otro.

Súbitamente un panel de la pared se movió misteriosamente franqueándole el paso.

El temible jefe de la secta descendió por otra escalera, y un vahó húmedo llegó hasta él. Se estaba adentrando en las entrañas de los bajo, del monasterio y el frío y la humedad se iban manifestando a su alrededor medida que iba avanzando.

Un grueso tapiz que cerraba el paso se descorrió como por arte de magia y Wang-Cheng, seguido de sus dos compañeros y de los monjes que transportaban los cuerpos de los vencidos, se encontraron en un inmenso subterráneo, cuya sola vista imponía terror.

Se trataba de un inmenso laboratorio en el que las retortas, los alambiques, los tubos de ensayo, los frascos, mostrando gran cantidad de extraños líquidos; las mesas de trabajo y una gran variedad de aparatos terribles y extraños, de uso desconocido, se repartían por la amplia estancia que era de granito y de una frialdad extremada.

En el fondo, sobre una especie de hornacina que mostraba una repisa granítica, se destacaba un cuadro representando a Buda, pero éste era un Buda extraño y monstruoso, con una cara salvaje en la expresión de su sonrisa, y unos ojos buidos, que parecían negros.

Sobre la repisa se destacaban dos extraños búcaros con flores de loto de colores vivos, y en la parte alta, cuatro farolillos: dos encarnarlos y dos verdes, contribuían con su electo de luz a hacer más espantosa la figura del Buda.

En un lado, un inmenso paño negro se extendía desde el techo al suelo, y delante de él, se destacaba una retorta de la que salía un humo entre azulado y verde, que flotaba formando una serie de dibujos extraños.

Cuatro monjes, encorvados y esqueléticos, que debían contar casi el centenar de años, trabajaban febrilmente ante las retortas, mezclando líquidos y manejando tubos, y, ni por un momento, dejaron de ocuparse de su trabajo, cuando Wang-Cheng y sus acompañantes penetraron en el laboratorio.

El sanguinario jefe indicó con un gesto los exóticos asientos de los que pendían unas recias correas, y los monjes sentaron en ellos a la fuerza a dos prisioneros.

Luego, acercándose, al tiempo que los contemplaba con una mirada en la que brillaba todo el odio y la salvaje alegría de tenerlos, por fin, entre sus garras, exclamó:

—Bien, ya estamos otra vez frente a frente, espero que esta vez no abrigaréis esperanzas de burlar mi venganza.

Ninguno de los dos se dignó contestar a la observación, y Wang-Cheng, acercándose más a ellos, advirtió:

—Nadie os podrá salvar de una muerte cierta. Quien desafía mi poder y mi cólera, y, además, osa profanar un lugar como éste, está condenado a morir de modo irremisible, pero sí puedo haceros la gracia de una muerte rápida y menos horrorosa si estáis dispuestos a hablar —como no obtuviera respuesta, insistió furioso—: Decidme lo que habéis descubierto respecto al tesoro y os prometo suprimiros del mundo de forma rápida y poco dolorosa.

Karus le miró despectivo y murmuró:

—No tengo nada que decir.

Regis, por su parte, desesperado al saberse en manos de su odioso rival, sin poder medir con él sus fuerzas de una manera noble, rugió:

—Yo sí... yo tengo algo que decir, y es que eres un sapo asqueroso y repugnante que careces de valor para medirme cara a cara con mi hombre. Abusas del fanatismo de estos locos desgraciados y los llevas a la muerte, mientras tú escondes la cara como un cobarde... ¿El tesoro? Aunque me despedazasen, jamás te diría nada, aunque supiese donde se oculta y de ello dependiese mi salvación.

El mogol, lívido y rabioso, hizo ademán de lanzarse sobre el mordaz y desafiante criado, pero se contuvo, y con voz profunda ordenó:

—Gran Maestre, verifique esa prueba que tenía preparada.

Uno de los monjes, el más anciano de todos, abandonó la mesa de trabajo en la que estaba actuando sobre un tubo lleno de un líquido rosado, y dirigiéndose a un pequeño gong que pendía del techo, lo golpeó con un mazo de bronce.

El tañido vibró como una campana funeral, y momentos después, se abrió una puerta secreta y aparecían en ella dos monjes encapuchados, vestidos de negro.

El Gran Maestre les hizo un gesto y seguidamente desaparecían para regresar conduciendo a un chino flácido y esquelético, que parecía amarrado con recias cadenas a los pies y a la cintura.



—Bien, ya estamos otra vez de frente; espero que noabrigaréis...

La cabeza aparecía metida dentro de una tabla con un agujero en el centro, y las manos pendían, erguidas de unas cuerdas que

sobresalían de los bordes de la tabla.

En el dobléz de cada brazo llevaba colgado un enorme peso de hierro, y como las cuerdas sujetas a la tabla tiraban de las muñecas y los pesos del codo, el atormentado debía sufrir un relajamiento terrible.

Un monje colocó una especie de pedestal delante del paño negro, y el prisionero fue subido a él. Luego, le quitaron la tabla y los pesos, y, por efecto de la postura y del dolor que le debía producir mover los brazos, quedó con ellos curvados, sin atreverse a hacer movimiento alguno.

Para que no pudiese apearse del pedestal, le colocaron dos enormes cuadrados de bronce en las cadenas de los pies, y, luego, el sabio monje colocó la retorta delante del condenado y vertió sobre ella diversos líquidos, al tiempo que avivaba el fuego que ardía debajo del recipiente.

Karus y Regis, olvidando el momento dramático que vivían, siguieron con interés creciente la maniobra. Sin saber por qué adivinaban que algo fantasmal y fuera de lo humano se iba a producir y contemplaban con ojos desorbitados las maniobras del monje negro.

Éste continuó manipulando en el líquido que contenía la retorta. Añadió nuevos elementos y esperó.

El contenido, sometido a un fuego intenso, empezó a humear de un modo intenso. El humo azul, anaranjado, verde, morado, amarillo o violeta, iba cambiando de tonalidades, y el prisionero, rígido, como tallado en piedra, contemplaba con semblante aterrorizado la humareda que, poco a poco, iba tejiendo alrededor de él círculos concéntricos que flotaban y daban vueltas, formando una cadena extraña.

Poco a poco, los círculos se fueron estrechando en torno al cuerpo del infeliz chino, hasta que terminaron por ajustarse a su cuerpo, como si una mano invisible les redujese de tamaño.

Hasta que, al rozar sus carnes, le obligaron a lanzar un terrible alarido de dolor que heló la sangre en las venas de Karus y Regis, y les obligó a debatirse con furor entre las férreas ligaduras.

Un fenómeno extraño se estaba produciendo. Como si los círculos de humo policromado fueran sierras mordientes, a medida

que rozaban el cuerpo del condenado se iban adentrando en él. La ropa y la carne aparecían mordidas a cada vuelta y, poco a poco, se iban comiendo la figura del chino, marcándose claramente en huellas cada vez más profundas el sitio por donde giraban.

El atormentado rugía como un león herido, y trataba de huir inútilmente. Algo como una fuerza invisible le tenía encajonado, y ni un solo centímetro podía abandonar de su base.

Lenta, cruel, horrorosamente, los fatales círculos iban despedazando al infeliz, y lo extraño era que ni una gota de sangre se desprendía de su cuerpo. La carne desaparecía lentamente, sin que quedase otra huella.

Por fin, el chino, dejó de gritar. Sacudió la cabeza con un gesto trágico y quedó inmóvil.

El monje tomó un frasco y lo vertió en la retorta. Los círculos de humo dejaron de brotar, y un silencio de muerte reinó en el laboratorio.

Retirado el cruel instrumento de tortura, dos monjes se acercaron al cuerpo con una especie de angarilla y la colocaron a un lado del pedestal. Luego, uno de ellos tomó un aparato, consistente en una plancha de hierro con un mango adosado a una de sus caras, y, empujando el cuerpo, lo inclinó hacia el lado de las angarillas.

El armazón del chino se deshizo como una pavesa, y solamente un montón de polvo fue recogido en la angarilla.

Entonces Wang-Cheng se volvió fríamente a sus prisioneros, afirmando:

—¿Os ha gustado el procedimiento? Sí aun os parece poco doloroso y terrible puedo mostraros otros más refinados. Tengo en mi poder varios miembros importantes de «El loto azul», con los que pienso divertirme aplicándoselos. Si queréis presenciarlo para que elijáis la muerte que más os agrade de las que veáis, estoy dispuesto a complacerlos.

Regis y Karus se miraron con terror. Su muerte era inevitable, pero entre sucumbir rápida y normalmente o sufrir aquellos tormentos primitivos, la elección no era dudosa.

Pero el profesor, mostrando una entereza más salvaje que los tormentos que había presenciado, rechinó los dientes y afirmó:

—Puedes hacer conmigo lo que quieras. Moriré como a ti te

satisfaga, pero me iré de este mundo con la alegría salvaje de saber que te dejo rabioso por no haber logrado descubrir ese secreto por el que darías media vida.

Wang-Cheng le fulminó con la mirada, y dirigiéndose a Regis exclamó:

—Ya has oído lo que dice tu compañero, ¿estás dispuesto a secundar su tontería?

Regis, admirando la entereza del profesor, concibió un plan para evitarle aquella muerte tan horrorosa, y preguntó:

—¿Si hablo qué muerte me aplicarás?

Wang-Cheng se quedó dudando, y, por fin, dijo:

—La más dulce de cuantas aquí aplicamos a nuestros enemigos. Te encerraremos en un ataúd empotrado en la pared y te dejaremos en él hasta que mueras por agotamiento.

—¿Sin aplicarme ningún tormento?

—Sin aplicártelo.

—¿Prometes que esa misma muerte será aplicada a mi compañero?

El terrible mogul dudó un momento en contestar, pero, al fin, haciendo un esfuerzo, contestó:

—Te lo prometo.

—¡Júralo por Buda, tu Dios!

—Te doy mi palabra.

—No me basta. Júralo, o haz lo que quieras de los dos.

Wang-Cheng, echando lumbre por los ojos, extendió la mano y afirmó:

—Juro por Buda que cumpliré mi oferta.

—Entonces hablaré.

Karus, indignado al observar la flaqueza de su criado, se debatió entre sus ligaduras rugiendo:

—¡No, Regis, no... eso no es de hombres como nosotros!

Pero el criado, volviéndose a él aseguró:

—Si hemos de morir, ¿qué nos importa lo que queda detrás de nosotros? Evitarse un sufrimiento tan horrible bien vale un tesoro.

Karus se mordió la lengua de rabia y no replicó.

Entonces, el temible jefe de la secta de «El dragón de fuego», se acercó al criado con los ojos brillantes por el triunfo y exclamó:

—¡Habla, pero como pretendas engañarme no habrá tormento cruel que yo no te aplique en pago!

Regis, sin hacer caso de la amenaza, dijo:

—Lo que hemos descubierto tú sólo serás capaz de interpretarlo, pues aun no habíamos llegado al final de las etapas. Según el último pergamino descubierto en el Buda de este monasterio, el que pretenda descubrir el tesoro deberá ir a Urga, penetrar en la celda del Gran Dalai-Lama, y midiendo diez pasos desde la entrada, hacía oriente y seis al poniente, levantar una losa disimulada en el pavimento. En el hueco encontrarás una arqueta de hierro, y esa arqueta le dirá la última clave.

—¿Nada más?

—Nada más. En Urga sabrás el final.

—Demuéstrame que verdad lo que afirmas.

—No puedo porque mi compañero quemó el pergamino ante el temor de que cayera en tus manos. Si buscas en el templo hallarás los trozos de cerillas y las pavesas.

Wang-Cheng, después de un momento de vacilación, dijo:

—Bien, vosotros erais tres... ¿dónde está el otro?

—Lo ignoramos —afirmó Regis, recordando a Kao y dejando brillar en sus ojos una luz de esperanza—. Esta noche, antes de abandonar la posada, salió a la calle a buscar datos por la población y no regresó.

Wang-Cheng ponderó la mentira. Recordaba la orden dada de asesinar a lodo el que no perteneciese a la secta del dragón, y no tenía nada de extraño que hubiese sido una de las muchas víctimas que cayeran aquella noche en Lancheu.

Con un gesto indico a cuatro sacerdotes que tomasen los cuerpos de los prisioneros, y éstos trasladados en brazos de sus guardianes, fueron conducidos por una puerta secreta a un departamento contiguo, en el que, con terror descubrieron que en las paredes había una especie de cajones largos y estrechos, con unos cuadrados de cristal en su parte alta.

Al examinarlos con más atención, observaron que a través de algunos de aquellos cristales se descubrían rostros contraídos por un gesto repugnante de horror. Aquellos rostros pertenecían a los condenados que habían muerto emparedados dentro de aquellas

cruels cárceles, producto de la mentalidad china.

Los monjes les amarraron sólidamente, pasando cuerdas resistentes en torno a su cuerpo, desde los hombros a los pies, y cuando se aseguraron de que era imposible que pudiesen mover ni un solo dedo, se dirigieron a la pared, abrieron dos de aquellos ataúdes, y tomando los cuerpos de los prisioneros, procedieron a colocarlos rígidamente en el fondo.

El profesor, con el corazón desgarrado, lanzó una última mirada a su criado, murmurando:

—Gracias, Regis; minea podré pagarte en la otra vida lo que has hecho por mí hasta el último momento.

—Adiós, señor; que el cielo nos acoja en su seno, pero no se deje dominar por el desaliento hasta que conserve un átomo de vida. La bondad del Señor es infinita.

Bien colocados en los ataúdes, procedieron a cerrar las puertas, colgando las llaves en la pared fronteriza, a la vista de los condenados. Era un refinamiento más a añadir a los muchos que aquellos salvajes sabían concebir contra sus enemigos.

Regis y el profesor creyeron que morirían inmediatamente asfixiados en aquella estrecha cárcel, pero al levantar la vista observaron que el cristal no ajustaba herméticamente al marco del cuadro. Quedaba una ranura de dos dedos de ancho, para que el aire se renovase y solamente muriesen por consumación, hambre y sed.

Los monjes, precedidos de Wang-Cheng, abandonaron el lugar del suplicio, dejando una luz encendida en el centro, de un color violáceo. A su reflejo, los prisioneros pudieron contemplar con terror, frente a ellos, otros nichos como los suyos, ocupados por chinos de facciones repugnantes, que, con los ojos muy abiertos y la estampa de la muerte reflejada en sus facciones, parecían mirarles para recordarles de continuo que aquél era el único fin que les esperaba.

Capítulo tercero

Kao interviene a tiempo

CUANDO el pequeño Kao se introdujo apresuradamente en el hueco abierto del túmulo, éste, debido a un resorte oculto, que por lo visto oficiaba de balancín, tiró del pesado bloque hacia adentro, y el chinito, antes de darse cuenta de lo que sucedía, se encontró encerrado en aquella misteriosa tumba de la que seguramente nadie podría sacarle si desconocían el resorte que la abría.

Una angustia infinita se apoderó del muchacho al verse sumido en aquellas aplastantes tinieblas. Por una parte, el horror de considerar que debía morir allí, olvidado de todo el mundo, y, por otra, pensar en la suerte que el destino tendría reservada a sus valientes amigos, deprimieron el ánimo de Kao, y por un momento sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y que el corazón casi se le paralizaba de angustia.

Pero de repente reaccionó. Hasta él llegaba un misterioso resplandor de luz, al elevar la cabeza, descubrió dos redondos haces que se filtraban, un poco oblicuos, de la parte alta del pedestal.

Se irguió palpando con las manos en busca de la solución del misterio, y con sorpresa observó que la losa que cubría aquel catafalco no aparecía totalmente lisa, pues en el centro notaba un hueco que sobresalía hacia afuera.

Al estirar la cabeza para abarcarlo se dio cuenta de que aquel vano correspondía a la horrible máscara que adornaba el túmulo. Ésta era hueca, y, al parecer, estaba labrada en el mismo bloque de piedra de la tapa.

El vano, mucho más holgado que su propia cabeza, le permitió erguirse totalmente, y entonces observó que los dos haces de luz que había descubierto penetraban por el vacío de los ojos completamente huecos.

Esto le permitió abarcar una parte del templo, y, aunque no pudo descubrir la lucha de sus amigos con los monjes, percibió el fragor de la pelea, los estampidos de los disparos y los gritos de dolor y rabia de aquella horda salvaje, que sacrificaba sus vidas sin reserva, solamente por conseguir la captura de sus odiados burladores.

Por fin, el tiroteo cesó, un clamor de triunfo le anunció que el profesor y Regis habían sido vencidos.

Con el corazón oprimido por el dolor, esperó a descubrir algo más. No sabía si habían perecido en la lucha o si habían sido capturados vivos.

Poco después, penetraron en su campo de visual los grupos, y pudo comprobar que sus protectores aún continuaban vivos aunque en manos de sus opresores. Les vio pasar frente a él, con las ropas destrozadas por la fiera pelea, y completamente imposibilitados de todo movimiento, debido a los recios cordones que les maniataban.

Luego observó cómo desaparecían por una de las puertas de las columnas, y cómo el resto de los monjes se dedicaban a la tarea de recoger sus muertos y heridos. La lucha debía haber sido sangrienta para ellos, pues vio como trasladaban más de dos docenas de cuerpos, faltos de todo signo vital.

Por fin el movimiento cesó y el templo volvió a sumirse en la semipenumbra de la lámpara central.

La vuelta al silencio retrotrajo al chinito a pensar en el momento presente.

No abrigaba esperanza alguna de poder hacer algo en favor de sus amigos, pero debía intentar lo humano y lo divino para verse libre de aquel encierro, y acudir en su auxilio, aunque fuese una locura y le llevase a correr su misma suerte.

Su intuición le dijo que si existía un muelle que había hecho que la losa se abriese, el muelle debía estar allí dentro, y si lograba localizarle, podría abrir de nuevo su cárcel y moverse con cierto desahogo, a pesar del enorme peligro que le rodeaba.

Volvió a asomarse por los ojos de la horrible máscara y quedó rígido. A la débil claridad de la lámpara vio moverse varias sombras que parecían registrar el templo, y hasta una vez dos monjes se detuvieron ante el túmulo y pudo captar unas frases que le aclararon todo lo que ocurría a sus pies.

—Yo no he visto más que a los dos perros extranjeros que hemos capturado —afirmó uno.

—Ni yo. Creo que esta búsqueda es inútil. El otro debió quedar fuera, sino le hubiésemos encontrado.



Sus dedos finos y sensibles tanteaban las lisas paredes...

Los monjes se alejaron, y, poco después volvió a reinar el silencio en el templo.

Ya seguro de que habían renunciado a buscarle, se consagró por entero a buscar el resorte que debía abrir la losa que le aprisionaba. Sus dedos finos y sensibles tanteaban las lisas paredes del interior, buscando con ansia alguna depresión o algún resorte que facilitase su deseo.

Pero todo suave y terso, no mostraba nada que fuese factible de aprovechar, y Kao sudaba angustiado al ponderar que esta vez la suerte no se le mostraba propicia, y que estaba condenado a morir de hambre y de sed en aquella estrecha tumba. Desesperado, tanteó lo único que le quedaba por registrar el interior de la estrafalaria máscara de mármol que adornaba el túmulo, y, febrilmente, sin grandes esperanzas de un éxito positivo, empezó a palpar el vano.

La máscara parecía como si hubiese sido vaciada sobre un verdadero rostro humano. Los contornos inferiores eran perfectos y seguían todas las depresiones de la cara, como se observarían en una máscara auténtica. Pero nada extraño encontraba en ella. Solamente los huecos de los ojos y la enorme boca armada de terribles y agudos dientes, mostraban depresiones sobre la continuidad de la escultura.

Rabioso, se afianzó a los dientes del mascarón y los movió febrilmente. Al hacerlo, un sobresalto horrible le acometió. El piso empezó a hundirse lentamente, sumiéndole en un cuadrado negro como una sima.

Por fin, la trampa se detuvo con suavidad, y Kao tendió la vista alrededor sin descubrir nada.

Poco a poco, acostumbrándose a la obscuridad, fue atraído por un tenue resplandor que, a partir del frente y al acercarse lleno de curiosidad, observó que se trataba de dos pequeños orificios por los que podía atisbar lo que pasaba al otro.

Kao no supo, hasta más tarde, que aquellos dos orificios correspondían a los ojos del retrato de Buda que había colgado en el tenebroso laboratorio de experimentos.

Desde su extraña atalaya, presenció con asombro y terror el inhumano tormento del desgraciado chino, y, más tarde, captó toda la conversación que sus compañeros sostuvieron con el odioso

jefe de «El dragón de fuego». Kao sentía unas ganas irreprimibles de empuñar el revólver y matar al sanguinario Wang-Cheng, pero comprendía que intentarlo era una locura. Con ello no hubiese contribuido a salvar a sus amigos y se expondría a sufrir su misma suerte.

Refrenando su rabia, esperó al final de la aventura. Si se atentaba allí mismo contra la vida del profesor y de Regís, no repararía en peligro alguno para intentar salvarles, pero si así no era y aplazaban la ejecución, vería qué podía hacer en su ayuda.

Suponía, no sin fundamento, que aquella trampa tendría también una salida lógica. Donde se encontraba ésta no lo sabía aún, pero la buscaría convencido de que tenía que existir.

Por fin vio cómo los dos prisioneros eran sacados del laboratorio. Había oído toda la conversación y se encontraba relativamente tranquilo, pues si se limitaban a encerrarles en los ataúdes para que muriesen por consumación, confiaba en tener tiempo para llevar a cabo algún intento en su favor.

Cuando el laboratorio quedó abandonado y sumido en la penumbra, se dedicó a buscar la salida. El recinto donde se encontraba prisionero era una especie de celda de unos tres metros en cuadro, desnuda de todo adorno o mobiliario, y su fábrica era de mampostería.

Lo primero que llamó su atención fue el lugar donde aquellos pequeños orificios le permitían captar lo que sucedía en el laboratorio. Comprendía que aquello era un lugar de observación, destinado a investigar lo que sucedía al otro lado, y, por lo tanto la entrada no debía andar lejos de allí.

Su imaginación oriental apeló a recordar todos los trucos conocidos y los que había experimentado durante su aventura con el profesor, y uno a uno los fue poniendo en práctica.

Buscó botones ocultos, piedras movibles, juntas disimuladas, hasta que por fin dio con la clave. Ésta no podía ser más sencilla ni más clara.

La estancia no era una celda secreta como él había imaginado, salvo su ocultación a los ojos de los que trabajaban en el laboratorio. Un asa, con la que tropezó en el centro de la pared fronteriza, le sirvió para correr a mi lado una parte del tabique que

se abría en forma de corredera, dando a una galería iluminada débilmente por unos farolillos colocados de trecho en trecho.



Al fijar los ojos en las paredes y descubrir el extraño..

Suavemente se deslizó por el pasillo con el revólver empuñado. Temía que en cualquier momento pudiese surgir a su paso algún monje, y si era descubierto, sus posibilidades de actuación se verían truncadas.

Al final del pasillo encontró una escalera de mármol, que descendió con cautela hasta alcanzar otra galería baja. Ésta, larga y estrecha, estaba taladrada a trechos por vanos de puertas herméticamente cerradas, las que constituían un serio peligro si de alguna surgía uno de los muchos enemigos que poblaban el

monasterio.

La galería formaba un recodo a la derecha, y Kao, arrastrándose para no proyectar su sombra sobre el enlosado, alcanzó la vuelta en la que se detuvo de pronto con el corazón palpitante de angustia. Del otro lado de la galería partía un rumor de voces y al asomarse discretamente, descubrió un grupo de monjes capitaneados por Wang-Cheng, que en aquel momento abandonaban una de las estancias.

Por un momento se creyó perdido. Si tomaban aquella dirección, le descubrirían antes de alcanzar el refugio de donde había salido y con el revólver en la mano esperó dispuesto a recibirles a tiros si avanzaban hacia allí.

Por fortuna, la suerte le fue favorable. El grupo marchó en dirección contraria y Kao les vio alejarse hasta perderles de vista en la oscuridad lejana del final de la galería.

Ya más tranquilo, avanzó. Ahora no tenía que exponerse a una sorpresa desagradable tanteando puerta por puerta. Sabía de dónde habían salido y se dirigió directamente a aquel lugar.

Afortunadamente, la puerta no había sido cerrada. Los monjes debían estar muy seguros de que nadie ajeno al monasterio podía penetrar allí y les parecía inútil tomar excesivas precauciones.

Kao empujó la puerta centímetro a centímetro ante el temor de que hubiesen dejado algún monje de guardia que pudiese sorprenderle, pero sus temores fueron infundados. El recinto se hallaba completamente desierto.

Cuando acostumbrándose a la oscuridad pudo abarcar el interior, un estremecimiento de horror y de miedo sacudió su médula al observar en las paredes y descubrir el extraño rosario de ataúdes clavados en el granito. Aquellos ojos vidriados y desmesuradamente abiertos que parecían clavar sus fieras pupilas en las suyas, abiertas hasta lo infinito, le produjeron un vértigo de locura y estuvo a punto de echar a correr des pavorido, incapaz de soportar aquella visión dantesca que se ofrecía a sus ojos.

Pero recordando que allí estaban sus compañeros y que su posible salvación solamente estaba en sus manos, se sobrepuso al pánico y apretando los dientes con furia se dispuso a buscarles.

Uno a uno fue examinando a la débil luz de la lámpara los

rostros que asomaban deformados y más tétricos a través de los vidrios. Cada rostro que examinaba le producía un mareo y estaba temiendo carecer de fuerzas para continuar aquel alucinante examen.

Por fin, se detuvo ante uno de los ataúdes. Le había parecido ver parpadear al que estaba encerrado tras el cristal y se armó de serenidad para comprobarlo.

En efecto, aquellos ojos inmensamente abiertos no sólo por el pánico, sino por el ansia suprema de saber que aún existía una posible salvación parpadeaban con furia y Kao creyó reconocer en ellos los grandes y chispeantes de Regis.

Se acercó decidido al encierro y trató de abrir la tapa, observando que era imposible, pero, a través de la rendija del cristal, llegó a él muy débilmente una voz que decía:

—¡Las llaves... por Dios... allá enfrente... colgadas!

Kao se volvió y, por fin, descubrió las extrañas llaves colgadas en la pared. Las tomó con resolución, y después de algunas pruebas, consiguió abrir el ataúd.

De pie, rígido ante él, se encontraba el cuerpo del criado.

El chinito, loco de alegría y olvidando su miedo, cortó las ligaduras de los pies y la cintura hasta donde alcanzaba, y, luego, entregó a Regis el cuchillo para que éste terminase de librarse de las cuerdas.

Éste, llorando de alegría, saltó al suelo, pero debido a la presión de las ligaduras que habían entorpecido la circulación de la sangre, cayó sobre las losas, lanzando un gemido de dolor.

Kao acudió en su auxilio, y, a una seña del criado que no acertaba a hablar, le ayudó a darse friegas hasta conseguir que sus músculos se moviesen con más soltura.

Cuando se encontró un poco más repuesto se incorporó trabajosamente y estrechó con fuerza la mano del chinito, que también sentía los ojos inundados de lágrimas. Luego se dirigió al encierro del profesor, y, abriéndole, tomó el cuerpo con sus robustos brazos y lo depositó en el suelo donde cortó sus ligaduras.

El profesor, próximo a perder el conocimiento, sólo acertó a murmurar:

—¡Oh, Kao... otra vez tú...! ¡Dios, qué grande eres!

Entre ambos le dieron friegas para reanimarle, hasta conseguir que se mantuviese en pie.

Karus quiso saber cómo el valiente chino había logrado llegar hasta ellos, pero Regis, enérgico, le tapó la boca diciendo:

—¡Basta, profesor, no podemos perder tiempo en eso! Lo urgente, ahora, es poder abandonar este maldito antro antes de que se den cuenta de lo ocurrido. Sea como sea, le debemos una vez más la vida, pero yo le juro por Dios que me voy a hacer un colgante con el corazón de ese sapo bilioso y lo voy a llevar colgado de penitencia al cuello hasta que se lo coman los gusanos.

Luego, buscando en su cota el cuchillo, pues los revólveres se los habían quitado los monjes, exclamó:

—¡Adelante, vamos a ver si encontramos la salida, y si no esta vez no nos dejaremos coger vivos.

Como desconocían el lugar donde estaban, necesitaban saber cómo Kao había podido llegar hasta allí. El chino relató en pocas palabras su odisea, y les mostró el pasadizo y el lugar secreto desde donde había presenciado el tormento del chino.

—Esto no nos sirve para nada —aseguró Regis. Esa trampa no tiene salida y no es posible volver de nuevo allá arriba dentro de ella. Tenemos que buscar la entrada por donde nos han traído hasta aquí.

Con infinitas precauciones salieron a la galería. Regis, confiando más en su pulso y dominio de nervios que en los de Kao, le quitó el revólver entregándole su cuchillo, y pegados a la pared, avanzaron con precaución en busca de la salida al laboratorio.

De repente quedaron tensos al oír el rumor de unos pasos que avanzaban hacia ellos desde el extremo lejano de la galena. Debía ser algún monje vigilante, y este contratiempo heló la sangre en sus venas. Había que tomar una decisión.

Deslizándose como fantasmas, alcanzaron el recodo, y Regis se detuvo murmurando:

—¡Quietos! Si se acerca aquí le sorprenderemos al dar vuelta al recodo. Es la única manera de evitar este horrible peligro.

Karus, comprendiendo que no había otra solución, se inclinó hacia el sudo pegado a la pared, siendo imitado por Kao, en tanto Regis, con el revólver empuñado por el cañón, se pegaba al quicio

del reborde, asomando levemente la cabeza entre las tinieblas para seguir los movimientos del monje que se acercaba confiadamente.

Capítulo cuarto

Regís provoca una catástrofe

EL monje avanzaba despreocupado, ajeno al terrible peligro que le amenazaba. En una mano portaba una especie de olla de cobre bruñido, y en la otra un cazo del mismo metal.

Mucho antes de llegar al recodo de la galería, se detuvo ante una puerta, y, dando sobre ella unos golpes convencionales, exclamó con voz profunda:

—¡La voluntad del Supremo Sacerdote es infinita!

La puerta se abrió momentos después, y un monje apareció en el umbral, presentando un tazón esmaltado. El que llegaba, metió el cazo en la olla, lo llenó y lo volcó en el tazón, retirándose el monje no sin decir:

—¡Que Buda conserve eternamente la vida del Gran Jefe!

La operación se repitió en la puerta siguiente, y en la otra, y siempre el mismo modo de llamar, la misma frase de saludo y la misma de despedida Regís, cuya mentalidad dinámica era capaz de concebir los más descabellados planes, vio en aquello una solución a su problema, y pegando la boca al oído del profesor, dijo:

—¡Atención! Prepárese, para que cuando ese fantasma amarillo

llegue aquí pueda lanzarse sobre el recipiente que lleva en la mano y no dejarle que caiga al suelo. Armaría un estrépito de cien mil millones de Budas y no nos interesa; de lo demás me encargo yo.

El monje despachó su última colación a unos cinco metros del recodo donde moría la última celda de aquel lado, y se dispuso a dar la vuelta para hacer la misma operación en las celdas siguientes.

Regis guardó rápidamente el revólver y esperó.

Cuando el monje, despreocupado, asomó el busto por el ángulo de la galería, una sombra ágil, como la de un tigre, cayó sobre él atenazándole mortalmente por el cuello, mientras otra se apresuraba a aferrar reciamente la olla de cobre.

El monje, sorprendido y angustiado por la presión, soltó el recipiente y trató de zafarse de aquellas garras de acero que le asfixiaban por momentos, pero Regis, apoyándole contra la pared, le puso la rodilla sobre el pecho y siguió apretando con toda la enorme fuerza de que era capaz.

Su enemigo se debatió durante unos momentos para terminar toda resistencia. Fláccidamente se desplomó sobre él con el rostro amoratado y la lengua fuera, y Regis, sudando por el esfuerzo, le depositó en tierra murmurando:

—Un sapo bilioso menos en el mundo. Me pasaría media docena de años entregado a esta dulce operación.



Cayó sobre él, atenzándolo mortalmente por el cuello.

Luego, despojando rápidamente al caído de sus hábitos, se los colocó, inclinó la tapucha sobre el rostro y dijo:

—Atención, que ahora viene la parte más difícil. Voy a llamar a esas celdas.

—¿Para qué? —preguntó Karus extrañado—. Eliminado este peligro lo que interesa...

Lo que interesa es tener cubierta la retirada si nos falla la huida. Vestidos de monjes, podemos confundirnos con los lagartos ictéricos que pueblan esta cloaca inmunda e incluso si tenemos que ir eliminando a alguno más, el hábito es una garantía de impunidad. Déjeme hacer y síganme sin chistar.

Tomó la olla y el cazo, y haciendo señas a sus compañeros para que se colocasen al lado de la celda, murmuró:

—Cuando llame y salga el sapo de turno le atizaré un buen coscorrón con esté cazo que parece una maza. Inmediatamente, usted, se lanza sobre él y le atenza del cuello. Lo demás es fácil.

Decidido llamó a la puerta, pronunciando entre dientes la contraseña:

—¡La voluntad del Supremo Sacerdote es infinita!

La puerta se abrió, y un monje delgado y menudo asomó la faz con la taza en la mano. Regis calculó el golpe para que no fuese demasiado violento, y, dejando caer el cazo sobre su pelado cráneo, exclamó:

—¡Y la fortaleza de este instrumento es algo ideal!

El monje inició un rugido de dolor, pero éste murió estrangulado en su garganta al atenuarlo por ella el profesor.

Introducido en la celda, el monje fue incapaz de moverse. El golpe le había atontado a pesar de que apenas si la sangre brotaba de la herida.

—¡Magnífico! —apuntó Regis—. Este hábito parece que lo han confeccionado los sastres de Buda para el pequeño Kao. Anda, monada, pónelo, vas a estar preciosísimo vestido de rana amarilla.

Kao se apresuró a obedecer, y, momentos después, parecía un auténtico monje.

Dejaron al herido en la celda y pasaron a la contigua, donde se repitió la escena. Esta vez, el encerrado, era un chino de más fortaleza, pero los puños de Regis, manejando el cazo mortal, poseían la medida adecuada de tratamiento.

El profesor se vistió el hábito, y luego preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Ahora se van a quedar ustedes aquí, mientras yo termino de repartir el condumio. Si lo echan de menos puede armarse un lío gordo, y es preferible que permanezcan tranquilos todo el tiempo posible. Tengo varias ideas a desarrollar y necesitamos su tiempo para ello.

Tranquilamente recogió la olla y el cazo, y fue llamando en las restantes celdas de la galería, hasta agotar el contenido en la última. Debía estar medido justamente, pues no le faltó ni le sobró.

Cuando hubo repartido todo, regresó a la celda donde sus compañeros le aguardaban con los nervios trepidantes.

—¿Todo bien? —preguntó el profesor.

—Magníficamente bien. Estos monjes son el candor personificado. No obstante, he tenido que hacer muchos esfuerzos para no merendarme a alguno en pago a lo que nos han hecho sufrir.

Dejó la olla en un rincón y añadió:

—Y ahora vamos a cargar con un par de estos fiambres y a llevárnoslos a la sala de los ataúdes.

—¿Para qué? —preguntó extrañado Karus.

—Sencillamente para esto. Les vamos a encerrar en nuestros lugares de suplicio por si las cosas nos saliesen mal y no pudiésemos escapar aún. Como a través del cristal empuñado no se distinguen bien las facciones, mientras no abran las puertas creerán que aún estamos allí al divisar los cuerpos de estas ratas sarnosas. Así, nosotros, embutidos en estos hábitos, podemos pasear con un poco más de libertad de movimientos y estudiar este antro hasta que encontremos la salida.

El profesor no encontró razones que oponer al plan, y cargó con uno de los monjes, mientras Regis lo hacía con otro.

Ya en la celda de tortura, aprovecharon los restos de las cuerdas que habían servido para maniatarlos y amarraron bien los cuerpos de los dos chinos, colocándoles en los ataúdes, Luego, cerraron éstos con llave, y las dejaron colgadas en el mismo sitio donde las había tomado.

—Perfectamente —murmuró Regis, satisfecho de su obra—. ¿Qué le parece a usted, profesor? ¿Están lindos encerrados en esa urna para que no puedan morder a las víboras y las envenenen? ¡Con qué placer colocaría ahí a nuestro amigo, el sapo número uno! Pero no desconfío de poder hacerlo algún otro día.

Abandonan n la celda, y el profesor, que estaba sobre ascuas por el peligro que aún se cernía sobre ellos, afirmó:

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, Regis. Podíamos haberle aprovechado para buscar la salida.

—¿Usted lo cree de verdad así? Yo creo que lo que hemos hecho ha sido asegurarnos la impunidad por algún tiempo. Lo demás vendrá después.

—Pues no lo pensemos más y a buscar la salida.

Volvieron a la galería, y cuando, por fin, consiguieron localizar el tenebroso laboratorio, los tres sintieron que sus carnes temblaban al enfrentarse de nuevo con aquel alucinante gabinete de tortura.

—¡De qué buena gana le prendería fuego! —aseguró el criado.

—Y yo, pero eso no es posible —observó Karus.

—Claro que no es posible, pero sí es posible hacer otra cosa y no me quedo con ganas de realizarla. Estos malditos escorpiones alimonados no volverán a usar de esos artilugios para atormentar a nadie más.

Con fría resolución, se acercó a las estanterías repletas de tarros y frascos, y tomándoles a puñados los alzó y empezó a arrojar su contenido a las redomas, diciendo con voz sepulcral:

—He aquí los bebedizos infernales de los monjes negros, que van a evocar la figura del demonio para que venga y cargue con ellos... Este colirio color de sangre, con esta mezcla detonante amarillo labioso, compondrá la faz del amigo Wang-Cheng, con unos cuernos, que después de retorcerse como víboras afiladas, se le clavarán en el corazón. Este otro líquido incoloro y maloliente, unido a este de color esmeralda, le harán poseer un rabo de cien mil toneladas, que tendrá que arrastrar con los dientes durante cien años, hasta que la nariz se le clave en la rodilla... Estos otros dos combinados, formarán las llamas de sus calderas, donde se abrasará por los siglos de los siglos, y si añadimos estos otros color de sangre de tigre mogol, explotarán como una chicharra en verano y...

De súbito, cuando vertía los líquidos sobre la redoma, se produjo una llamarada enorme, luego, siguieron unas explosiones apagadas que les arrojaron contra el suelo, salvándose milagrosamente de morir aplastados por la fuerza expansiva, y, por último, grandes llamaradas empezaron a surgir por todas partes, abrasándose a los paños negros y rebasando la redoma para correrse por el suelo como un reguero de pólvora.

Los tres aventureros, aterrados, echaron a correr con dirección a la galería mientras el profesor, aterrado, decía:

—¡Buena la has hecho, Regis! Ahora si que estamos perdidos.

El criado, comprendiendo que su imprudencia había provocado un gravísimo peligro, tanto para él como para sus compañeros, se apresuró a decir:

—¡Pronto! ¡Ayúdenme a traer a este antro infernal los cadáveres de esos tiñosos monjes!

—¿Para qué preguntó Karus.

—Para que se achicharren ahí y quitar de en medio testigos peligrosos. Supongo que no pretenderá usted que nos los

almorcemos para calmar este maldito hambre que nos roe el estómago.

Entre los tres arrastraron los dos cuerpos y los arrojaron al inmenso brasero que se estaba produciendo en el laboratorio. También dejaron en él la olla y el cazo, y a una orden de Regis, se apresuraron a regresar a la galería para ocupar cada uno una de las celdas que habían quedado vacías y esperar los acontecimientos que no tardarían en provocarse.

El fuego, como si añadiesen litros y litros de inflamable combustible, se corría ya por la galería que descendía en cuesta y no tardaría en alcanzar las primeras celdas.

Por fortuna, éstas no eran las que los tres aventureros iban a ocupar, y confiaban en que serían los monjes más amenazados los que primero se diesen cuenta del peligro y lanzasen la voz de alarma.

Con el corazón encogido de pánico, aguardaron con el oído pegado a la puerta de la celda. El más pavoroso silencio reinaba en los bajos del monasterio, pero la trágica realidad no tardaría en sembrar la alarma y el desorden, y cuando esto sucediese, empezaría para ellos el momento trágico del final de aquella aventura.

Pasaron más de cinco minutos sin que nada turbase la calma letal que pesaba sobre el subterráneo. Regis y el profesor se preguntaban si el fuego avanzaría hacia allí sin que se diesen cuenta los monjes de las galerías más avanzadas, y si cuando observasen la tragedia sería tarde para que ninguno pudiese salir de sus ratoneras.

Con la puerta entreabierta, observaban cómo las llamas se iban corriendo lentamente. El vivo resplandor del incendio iluminaba siniestramente la galería, y ya se abrazaba a algunas puertas, amenazando con devorarlas.

Súbitamente, un clamor estalló al otro extremo. Los dos primeros monjes de aquel lado, se habían dado cuenta del peligro, y saliendo a la galería, con los hábitos remangados, los ojos desorbitados y el terror reflejado en el semblante, empezaron a lanzar alaridos guturales, que muy pronto encontraron eco a través de las varias galerías que se cruzaban por aquel lado.

Docenas de monjes empezaron a surgir en las puertas,

aumentando el clamor, y los tres aventureros, comprendiendo que había llegado el momento de sumarse a la legión amarilla, irrumpieron también en el incendiado pasillo, corriendo tras los primeros, ansiosos de saber hacia dónde se dirigían.

Un gong, batido por alguien que no veían, empezó a lanzar su agrio y metálico sonido que rebotaba por la piedra, alcanzando ecos pavorosos, y de todas partes, empezaron a surgir nuevos elementos, que se sumaban a la confusión reinante. El monasterio en pleno se hallaba alborotado, y los sumos sacerdotes, entre los que se contaba el temible jefe de «El dragón de fuego», habían hecho su aparición para inquirir las causas de aquella brutal alarma.

Capítulo quinto

Peligro inminente

WANG-CHENG, arrojando fuego por los ojos, se adelantó a los grupos, y cruzando por el fuego, sin demostrar temor alguno, se asomó al laboratorio que era como un horno encendido, y preguntó: —¿Qué es lo que ha sucedido aquí?

Nadie acertó a darle una idea aproximada de lo ocurrido. A todos les había sorprendido el fuego, preparándose para tomar la colación ritual, poco antes de amanecer, y cuando habían abandonado sus celdas, ya las llamas invadían las galerías.

Wang-Cheng se retiró a toda prisa del foco del incendio, y gritó una orden:

—¡Pronto! ¡Traed baldes de agua pura atajar el incendio!

Los monjes corrieron como gamos por una de las galerías transversales, con dirección a uno de los pozos subterráneos que poseía el monasterio, y Karus dijo al oído de su criado:

—Vamos con ellos, así conoceremos algo más de este maldito antro.

Wang-Cheng, que no se explicaba el suceso, sintió, de repente, una sospecha que le paralizó la sangre en las venas, y, apartando bruscamente a los dos ancianos sacerdotes que ostentaban la máxima categoría de la comunidad, rugió:

—¡Los prisioneros!

Como loco, corrió a la celda de los ataúdes, y penetrando en ella como una tromba, se detuvo ante los dos largos nichos donde había dejado encerrados a Karus y Regis. Sus ojos agudos se clavaron en los cuadrantes de cristal con ansia, pero pronto se tranquilizó. A través de los empañados vidrios distinguía las peladas cabezas y los abiertos e inexpressivos ojos de los condenados.

Se pasó la mano por la frente, lanzando un suspiro de alivio, y murmuró:

—¡Por Buda!... Había sospechado que todo esto fuese obra de ese par de diablos que ya estaban pareciendo invencibles... Por fortuna, esta vez no han encontrado fuerza capaz de librarles de mi implacable venganza...

Abandonó la celda y volvió de nuevo a la galería, donde ya los primeros monjes habían acudido con baldes llenos de agua, que iban arrojando sobre la ingente hoguera, con la pretensión de atajar su acción devoradora.

Un monje menudo y encorvado, con el rostro apergaminado y las manos retorcidas como sarmientos, se lamentaba con gritos agudos de la catástrofe.

Se trataba del monje que oficiaba de jefe del laboratorio, y la pena y el dolor que le había causado aquel suceso le habían puesto como loco.

—Setenta años de trabajo perdidos —gimoteaba—. Todo el esfuerzo científico de mi vida consumido en un minuto... ¿y por quién?

Wang-Cheng se acercó a él, y poniéndole la mano en la encorvada espalda, preguntó intrigado:

—

Wen-Li

, ¿crees que eso pueda haber sido un accidente casual?

—No —rugía el anciano—. ¡Imposible! Esto ha sido producido por una mezcla de ácidos intencionada. ¿Quién ha podido tener interés en deshacer toda nuestra obra científica?

—¿Sospechas de alguien?

—¿De quién voy a sospechar, Gran Jefe? Nunca, en setenta años que llevo al frente del laboratorio, se ha producido la menor

explosión. Los ácidos y fórmulas estaban suficientemente guardados y alejados unos de otros para que la casualidad interviniese tan trágicamente.

—Eso quiere de ir que sospechas que, alguien ha manipulado en tus fórmulas hasta producir la catástrofe.

—No lo sospecho, lo afirmo.

—¿Crees que pueda ser obra de nuestros monjes?

—¿Quién otro puede haber podido penetrar aquí?

—Tienes razón, tenemos que averiguarlo y lo averiguaremos.

Karus, Regis y Kao, siguiendo a los monjes, habían abandonado varias galerías para llegar a una especie de enorme salón tallado en la roca, en cuyo centro se levantaba el brocal de un pozo.

Un monje hacía chirriar la polea, subiendo y bajando baldes de agua, que iba entregando a sus compañeros a medida que éstos acudían, y los tres aventureros recibieron sus correspondientes cubos, con los que regresaron al lugar del incendio.

—¿Qué ha descubierto usted? —preguntó Regis durante el camino.

—Muy poco. Una escalera tallada en la piedra que asciende no sé a qué sitio.

—Yo tampoco he visto más que eso. ¡Si pudiéramos escurrirnos y salir a la galería alta podríamos aprovechar la confusión y ganar el templo! Quizá allí nos fuera fácil encontrar algún sitio por donde huir.

—No creo que estemos más seguros que aquí. En cuanto descubriesen nuestra fuga, nos perseguirían como a lobos.

Sí, pero aquí no estamos más salvaguardados. Cualquier indiscreción, cualquier descuido, un reconocimiento general de los monjes, algo que levante sospechas, puede descubrirnos.

—Es cierto. En fin, vamos allá a ver cómo podemos atemperar nuestra conducta a las circunstancias.

El fuego se iba reduciendo poco a poco, dejándole encerrado en su punto de origen. Ya la galería había quedado expedita, y el agua arrojada en grandes cantidades sobre el laboratorio, constreñía el foco, evitando que las llamas, se enseñoreasen de toda la parte baja del monasterio.

Los monjes, cargados con sus largas varas de bambú, puestas

sobre el hombro, en cuyos extremos se balanceaban los baldes, seguían acudiendo en larga procesión, y varios de ellos, con el hábito recogido sobre la cintura, los tomaban, arrojándoles sobre la hoguera, que cada vez brillaba con menos intensidad.

Wang-Cheng, que seguía con impaciente curiosidad la maniobra, asomado a los sitios más expuestos, lanzó de repente una exclamación, y, saltando entre líquidos, aun en llamas, dio un fuerte puntapié a un objeto redondo de metal, que medio se había ennegrecido por la acción del humo, y lo sacó rodando del laboratorio a la galería.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigado.

Una de los monjes, tras echarle una rápida ojeada, afirmó:

—Es la marmita del ayudante de cocina.

—¿Cómo se encuentra aquí este objeto?

—No sabemos —afirmó uno de los monjes más próximos—. Con ella nos sirvió el refrigerio matinal, poco antes de descubrirse el incendio.

El temible jefe de la secta tendió la mirada alrededor, preguntando:

—¿Dónde está el ayudante del cocinero?

Como nadie respondiera, Wang-Cheng, furioso, gritó:

—¡El cocinero!...¡Que venga inmediatamente el cocinero y le haré venir aplicándole hierros enrojecidos en las plantas de los pies!

A los berridos que lanzaba, un monje hercúleo avanzó diciendo:

—Aquí me tienes, Gran Jefe, ¿qué deseas de este tu humilde siervo?

—¿Quién era esta mañana tu ayudante?

—

Fan-Chen

, el número 23 de la segunda galería.

—Búscales y tráemelo como sea.

El cocinero recorrió las galerías, el pozo y todas las dependencias inmediatas, llamando a grandes gritos al ayudante, pero su llamada quedó sin respuesta.

Temblando de miedo, regresó, afirmando con voz trémula:

—No aparece por parte alguna, Gran Jefe.

—¡Que le busquen en el infierno de Buda aunque sea, pero lo

necesito!

Varios monjes se separaron del grupo, dispuestos a buscar al desaparecido, siendo los primeros que se aprestaron a desaparecer de allí, Karus, Regis y Kao.

—Aprovechemos esta coyuntura para intentar la huida —insinuó Regís— otra ocasión como ésta no la encontraremos para ello y el peligro va acrecentándose.

—Bien, pero ¿por dónde encontraremos la salida?

—Busquemos los lugares más solitarios y por donde no tengamos testigos de vista. Es lo más seguro.

Iban a desaparecer de allí, cuando alguien lanzó un grito de alarma a la puerta del laboratorio, y los tres aventureros, intrigados y temiendo que aquello constituyese peligro para ellos, se detuvieron temerosos de avanzar.

Uno de los dos más destacados jefes hacía señas desesperadas con la mano a Wang-Cheng, afirmando:

—Mira, Wang-Cheng, mira... ¡Un cráneo!

El temible Gran Jefe del Dragón avanzó impetuoso y se quedó contemplando un cráneo chamuscado y terriblemente carcomido, que algunos monjes habían encontrado al revolver los objetos que se amontonaban sobre las losas.

Wang-Cheng le atrajo irrespetuosamente con el pie, y después de contemplarle un momento, preguntó:

—

Wen-Li

, ¿crees que este cráneo pueda ser el del ayudante del cocinero?

—¿De quién otro puede ser si ha desaparecido?

—Si, el hecho de encontrar aquí la caldereta de la refacción así parece corroborarlo, pero ¿qué podía hacer en el laboratorio?

—No lo sé, aunque... casi lo sospecho.

Fan-Chen

era aficionado a la química. Le tuve en laboratorio durante un año, pero le devolví a su celda por inepto. No tenía espíritu para lo que pretendía.

—En ese caso, puede haber aprovechado un descuido para haber intentado algún experimento y...

—No sé —afirmó terco el monje químico—.

Fan-Chen

, aunque carecía de grandes dotes para el laboratorio, conocía las propiedades de todos los ácidos. No era un ignorante para no saber manejarlos...

—Sí, pero cuando se trata de experimentar alguna idea propia... nadie está libre de un equívoco...

El monje iba a contestar, cuando un nuevo grito volvió a tensionar los nervios de Wang-Cheng. En la nueva requisa se había descubierto otro cráneo, aunque éste un poco más pequeño y deprimido que el anterior.

Wang-Cheng se quedó contemplando con asombro el despojo, y, luego, dirigiéndose a los dos Grandes Sacerdotes que se habían colocado a su lado, preguntó:

—¿Cómo os explicáis esto?

—De ninguna manera afirmó uno. —Esto es desconcertante. Necesitamos saber quiénes faltan, para hacernos una idea.

—Bien. Que registren todo con cuidado, a ver si descubren algún cráneo más.



Karus y sus amigos se miraron con terror y se interrogaron...

Karus y sus amigos se miraron con terror y se interrogaron mudamente. El momento de abandonar las galerías para fingir que

buscaban al fugitivo había pasado, y cualquier movimiento sospechoso que intentasen les denunciaría rápidamente.

—¡Quieto! —Murmuró Karus al oído de Regis—. ¡No te muevas o todo se vendrá a tierra trágicamente!

—¡Es lástima! Hemos perdido la ocasión única, y ahora... ¿Qué vamos a hacer?

Los monjes que registraban el laboratorio, cuyas llamas ya habían sido vencidas, se acercaron a Wang-Cheng, afirmando que sólo habían hallado huesos calcinados correspondientes a los dos cadáveres, pero ningún cráneo más.

El Gran Jefe se volvió hacia uno de los Sacerdotes, preguntando:

—¿Cuántos monjes duermen en las galerías bajas?

—Ciento treinta.

—Bien, que hagan sonar el gong para que regresen los que andan buscando al ayudante del cocinero, y que se alineen en el patio del pozo. Vamos a contarlos, a ver cuántos hay.

Uno de los grandes sacerdotes dio la orden de retroceder, y los monjes se apresuraron a dirigirse al patio del pozo donde se alinearon en varias filas.

—Atención al peligro —murmuró Regis al oído del profesor—. Si llaman por sus nombres a los monjes para verificar el recuento, estamos perdidos.

—Me estoy dando cuenta, Regís. Prepárale a morir como un hombre antes que caer en sus manos.

—Moriremos, pero algún mico amarillo de estos irá por delante de nosotros a contemplar la nariz a Buda.

Procuraron colocarse en la última fila, para tener guardadas las espaldas por la pared, y, al tiempo, para estar más cerca de la misteriosa escalerilla que tenían a su derecha. Si todo se descubriera y se veían en peligro, tratarían de alcanzar aquella escalera, en un esfuerzo desesperado por hallar la salvación.

Cuando todos estuvieron formados, un monje se adelantó y empezó el recuento. Al llegar al último se volvió a Wang-Cheng, afirmando:

—Ciento veintinueve justos.

El Gran Jefe de «El dragón de fuego» le contempló incrédulamente y afirmó:

—No puede ser. Deberá haber ciento veintiocho, puesto que se han encontrado restos de dos.

El monje contó de nuevo con más cuidado y volvió a decir:

—Ciento veintinueve. Cuéntalos tú si dudas de mí.

Wang-Cheng, no convencido, se adelantó y fue contándoles uno a uno. A medida que se acercaba a Karus y a Regis, éstos sentían arder su sangre ante el temor y la rabia. Sospechaban que, a pesar de la poca luz que arrojaba el farolillo central, les pudiese reconocer a través de las capuchas.

Regis, con el revólver amartillado debajo de la túnica, esperaba con los nervios tensos. Al menor gesto de duda del odiado mogol, le metería cinco tiros en el pecho, dándose, cuando menos, el gusto de suprimir al más temible rival. Pero el mogol, más preocupado con la cantidad de hombres que con su personalidad, pues lo que le intrigaba era averiguar, no los que quedaban, sino los que faltaban, pasó ante ellos distraído verificando el recuento.

Cuando concluyó, el más perfecto asombro se reflejaba en su semblante.

—¡Ciento veintinueve! —exclamó con voz sorda—. ¿Quién es, entonces, ese otro que haría el número ciento treinta y uno?

Como nadie acertara a darle una respuesta, se encaró con uno de los jefes, diciendo:

—Necesito aclarar este misterio o me volveré loco. Que todos vuelvan a sus celdas y se encierren en ellas sin salir para nada. Que preparen la sala del Consejo para irlos llamando uno a uno, y que declaren lo que sepan y se compruebe su personalidad. Necesito saber quién se ha podido introducir en este monasterio de forma insospechada y lo sabré... ¡Ah!... Para que nadie sienta tentación de contravenir mis órdenes, que suelten los «deggs» por las galerías. Así, ninguno osará abrir la puerta de su celda hasta que sea llamado.

Karus y Regis, al oír la orden, sintieron que sus carnes se abrían. Con aquellos terribles guardianes no había forma de intentar la fuga, y, además, cuando llegase la hora de comparecer individualmente ante el horrible jefe, toda la farsa se vendría abajo trágicamente.

Los monjes, en fila, abandonaron el patio para dirigirse a sus

celdas. Regis, que recordaba milagrosamente las de los tres monjes eliminados, murmuró al oído del profesor:

—Cuando yo me introduzca en una celda, ustedes háganlo con las dos que la siguen. Después... Después, Dios dirá si podemos intentar algo para huir.

Karus no se atrevió a hacer comentario alguno. Estaba convencido de que esta vez habían caído en una sutil tela de araña, de cuyos hilos no podrían escapar.

Con compasión paternal echó una mirada al chinito, que caminaba detrás de él, y se dijo que no merecían la pena los esfuerzos que el infeliz había realizado para salvarles, si a última hora la recompensa para él iba a ser la de hallar su misma muerte, cuando quizá pudiera haber huido, aprovechando la libertad de movimientos que había gozado.

A medida que caminaban, los monjes se iban separando del grupo. Unos se encerraban en las celdas que iban encontrando a su paso, mientras otros, desaparecían por las varias escaleras que se ofrecían ante ellos para alcanzar las galerías altas, y, algunos, se perdían por las bifurcaciones de aquel laberinto, dejando el grupo cada vez más desnutrido.

Cuando por fin desembocaron en la galería próxima al laboratorio, Regis se preparó. Sabía que la primera celda que debía ocupar era la que hacía la quinta, hacia atrás, a partir del recodo, y sin una vacilación, penetró en ella. Karus pasó a la siguiente y Kao a la otra, y momentos después, todos los monjes se habían encerrado en sus respectivos departamentos.

Cuando no quedó ninguno, Wang-Cheng se dirigió a uno de los grandes sacerdotes, ordenando:

—¡Los perros!

Los tres cruzaron la galería y, abriendo una puerta con una llave especial que poseían, se introdujeron en una estancia a cuyo fondo se abría una escalera.

En el centro pendía un pequeño gong con un mazo atado con un cordón de seda, y el Gran Sacerdote le lomó para golpear el gong, de una manera extraña y peculiar.

A sus tañidos fúnebres y agudos se abrió misteriosamente una puerta al fondo de una de las galerías, y tres enormes «deggs», de

ojos vidriados y lances terribles, saltaron elásticamente lanzando unos aullidos impresionantes.

Cuando Wang-Cheng les oyó aullar, dijo:

—Vamos.

Uno de los sacerdotes le tomó por una de las mangas del hábito, diciendo con voz meliflua y siniestra sonrisa:

—Gran Jefe, tengo una idea que nos descubrirá la verdad sin necesidad de apelar a las declaraciones de nuestros hombres.

—¿Cuál?

—Voy a ejercer mi poder sobre uno de nuestros monjes. El hipnotismo nos dirá toda la verdad, pues mi vidente es elemento sensibilísimo, que sabrá leer en el pasado con toda su fuerza.

—Perfectamente. Hazle, llamar y vamos a interrogarle.

Los tres desaparecieron por una puerta que había al fondo de la escalera, mientras los terribles y feroces perros tibetanos, amos y señores de la parte subterránea del monasterio, paseaban las galerías con ojos feroces y vigilantes. Cualquiera que hubiese osado asomar la cabeza por la puerta de una celda, estaba condenado a ser devorado sañudamente por ellos, y, así, nuestros tres héroes, con la retirada cortada, se veían en situación de ser descubiertos y volver a caer en manos de sus implacables enemigos.



¿Qué es

LA NOVELA FANTASTICA?

LUCHAS TITANICAS ENTRE COMBATIENTES INTERPLANETARIOS
FANTASTICOS VIAJES A TRAVES DE LOS ESPACIOS SIDERALES
AVENTURAS INSOSPECHADAS EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA
HOMBRES DE ACERO QUE MANEJAN EL RAYO DE LA MUERTE
LA PREHISTORIA Y EL FUTURO MAS DESLUMBRADOR, HERMA-
NADOS EN LAS PAGINAS DE ESTA COLECCION EXTRAORDINARIA

TITULOS PUBLICADOS:

Los hombres de las
orejas largas
Lucha en Saturno
Los hijos de la Luna

La ciudad subterránea
El rayo invisible
La isla sumergida
Nido de piratas

Una novela con sugestivas ilustraciones y portada a todo color: DOS PESETAS

De venta en quioscos y librerías o directamente a Editorial BRUGUERA-Proyecto, 2-Barcelona



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».